

México, en el recuerdo del exilio

Carlos
Sampelayo



Para muchos españoles, México ha sido la segunda patria, la nueva tierra donde fueron acogidos con cariño y hospitalidad al término de nuestra guerra civil. Y ahora, cuando se han reanudado las relaciones diplomáticas entre ambos países, surgen los recuerdos de aquellos días... (Sobre estas líneas, monumento que —en la ciudad de Cuernavaca— recuerda que México fue la primera nación latinoamericana que emprendió la reforma agraria.)

LO más español de América, y lo que tiene más valor arquitectónico, está en México y en Perú.

Quizá fueran estas palabras las que decidieron definitivamente mi traslado al brillante país azteca, tolteca, chichimeca, maya. Nombro varias de las razas que lo pueblan porque la gente española da en llamar

al pueblo mexicano pueblo azteca por antonomasia, cuando esa raza sólo asentó sus reales en el Anahuac, o sea, en la altiplanicie central que forma, con la capital ciudad de México, el valle del mismo nombre: Anahuac. Manuel Fontanals le añadía a los aztecas, chichimecas y toltecas una raza más: los taquimecas.

BROMAS aparte, yo rectificaría aquella afirmación con que he empezado, sentada por un embajador de España en Caracas, ampliando todo su sentido. Lo español en América está en todas partes. Pero lo más monumental español está en México. Y lo más monumental español de México está en su capital.

Lleguemos de momento a ella en este descubrimiento anecdótico del país. No crean que va a ser como descubrir el Mediterráneo. No me propongo recontar el número de habitantes, ni establecer el cuadrado kilometraje de las regiones, sino contar algunas cosas que no se han contado, ni se pueden contar en ese estado de engolada y pétrea ponderación académica con que siempre se tratan los temas hispanomexicanos.

... Y lo más monumental de la capital de México es la catedral, con sus dos torres chatas a despecho de Cortés, que tenía el proyecto de hacerlas tan altas como la Giralda. Una iglesia con dos Giraldas, una enfrente de otra, enmarcando el pórtico austero y sobrio como el de la iglesia de Medellín.

Pero el dinero no venía, o venía muy de tarde en tarde, y la obra no prosperaba.

Un día en que el emperador recibió el enésimo correo de Cortés desde la Nueva España, después de leerlo detenidamente, se asomó a uno de los balcones del alcázar toledano, y se puso la mano como visera en los ojos, oteando ansioso la lejanía.

El chambelán acudió solícito:

—¿Deseáis algo, señor?

O una cosa así.

Pero Carlos I—¿por qué V y no I, si I lo era de España?—, que además era un humorista, se volvió al chambelán, muy

sonriente, mostrándole la carta del otro conquistador, y dijo:

—Es que Cortés me pide aún más doblones para seguir alzando las torres de la catedral de Nueva España, y si tenemos en cuenta las cantidades que ya le he enviado, tendrían que verse esas torres desde este balcón...

El César se cansó, y no envió más dinero. Se puede poseer dos mundos y ser un roñica.

Cortés tuvo que rematar las torres de la catedral mexicana con dos campanarios, dejándolas truncadas, chatas, chaparras.

EL MOLE DE GUAJOLOTE

Ante una calle de Oaxaca, de Coyoacán o de Morelia creyó uno estar en un pueblo de Extremadura. Es indudable que los españoles de la Conquista

introdujeron la suntuosa o modesta arquitectura de sus pueblos, según la clase social de cada uno. El contingente de conquistadores de México, con su jefe a la cabeza, lo dio la tierra extremeña.

Pero lo que no introdujeron los españoles, lo que se salvó de la influencia, fue la comida. No es que le haga ascos el mexicano a una paella o a un cocido madrileño, siempre que estén sazonados con mucho picante, lo cual es ya adulterar el españolismo de esos platos. Pero prefiere mil veces los suyos autóctonos: El mole de guajolote, los tacos, las enchiladas, los chiles rellenos, la carne asada a la tampiqueña, el pescado a la veracruzana, el huachinango con mojo de ajo, los frijoles refritos, los huevos rancheros, el caldo largo de Tlalpán, el guacamole, el atole, las quesadillas, las chalupas, el mole verde, el cocktail



Lo español en América está en todas partes. Pero lo más monumental español está en México. Y lo más monumental español de México está en su capital. Y lo más monumental de la capital de México es su Catedral—que contemplamos—, con sus dos torres chatas.

de ostiones, los ostiones a la marinera, el cebiche, el cabrito al pastor, la barbacoa, el pipián, los machitos, el caldo de médula..., y tantos otros que, al recordarlos, se hace la boca agua.

El mole de guajolote podría decirse que es el plato nacional, y se compone de pavo guisado con una salsa picante, espesa, del color del chocolate, hecha de ajonjolí y especias. El guajolote es el nombre que se da al pavo en México; es el nombre ancestral, nombre indio. Porque el pavo, como todo el mundo sabe, fue introducido en Europa desde América, después de la Conquista, naturalmente. Vino con el café.

El mole es un plato caro, insustituible en toda comida típica mexicana, y se guisa mejor o peor, según la sabiduría de la cocinera. No se come con pan. Eso es un sacrilegio. Se come con la clásica «tortilla» de maíz, que no responde al concepto de «tortilla» que se tiene en España.

La «tortilla» mexicana es redonda y como una oblea, he-

cha de maíz. El «gourmet» le da forma de cuchara, para comerse el mole, porque así es más sabroso.

La «tortilla» sustituye al pan en toda comida mexicana. Al principio nos parecía absurdo, pero poco a poco nos fuimos dando cuenta de que obedece a un complemento del gusto.

Hay tantas fábricas de tortillas en México, o más, que de pan en España, con obreras sindicadas. Cuando el «Nyasas», que fue como el «Myflower» de los exiliados españoles a México, llegó a Veracruz, nuestros trabajadores combatientes se emocionaron al ver el recibimiento monstruo que se les hacía. Una manifestación inmensa de obreros de los distintos gremios, con pancartas, les daba la bienvenida. En una de esas pancartas se leía: «Las tortilleras de México saludan a los valientes españoles».

—¡Qué barbaridad! —comentaban los nuestros—. Esto es un país avanzado, civilizado. Para que luego presuman los franceses...

—¡Hay mole! ¡Hay mole! —se exclama con alegría cuando se trata de ponderar una invitación.

Si el invitado es un europeo no habituado al picante, difícilmente se acabará un plato de mole por muy bien servido que esté. Difícilmente llegará a la mitad. Lo más probable es que lo deje a los tres o cuatro bocados, enrojecido, no tanto por la vergüenza de rechazar el plato nacional, como por la congestión producida por el fuerte sabor picante que debe tener todo mole bien condimentado. Entonces, los hombres, las mujeres, los niños que comen en torno a él, se reirán. El dará excusas, toserá. Y se le suministrará un refresco, mientras más dulce mejor, para que se quite el tremendo picor en la lengua y la garganta.

Ya se le ha quitado. Ya se ríe también con los anfitriones, que le freirán un par de huevos para que no se vaya sin haber comido. ¡Pero que no sean rancheros! Los rancheros son fritos sobre una «tortilla», todo bien impregnado de picante.

El europeo, el español sobre todo, necesita algunos años para poder saborear la comida mexicana sin atosigarse. Algunos no se han acostumbrado ni a los treinta años de estancia en el país. Eran como esos abstemios del tabaco, que lo han aborrecido desde niños porque se marearon con el primer pitillo.

Pero en México, a los niños se les desteta con mole, y se crían sanos y robustos. Los médicos lo recomiendan, incluso para fortalecer el estómago.

—Para fortalecerse, si está sano, cuidado —me decía un célebre doctor—. Si tiene usted úlcera, le hará mal, claro.

Y la verdad es que hay poca gente con úlcera de estómago en la tierra mexicana. Desde



Diego Rivera (a la derecha), el pintor más internacional de México, «padre» del muralismo, audaz, polémico, intransigente, aparece aquí junto a otras dos figuras populares de su país: la actriz Maria Félix y el torero Rodolfo Gaona, rival en su día de «Gallito» y Belmonte.

luego, mucha menos que en Europa.

COSAS DEL PINTOR DIEGO RIVERA

La comida responde siempre al paisaje. Por eso la de México es fuerte, plural y excitante. Impresiona, como los 5.000 metros del Popocatepetl y los 5.500 del Pico de Orizaba: como la Sierra Madre tortuosa, oscura y violenta.

Y contra esa fortaleza, esa violencia de pasiones que deben engendrar la comida y el paisaje, se produce en México una antinomia de carácter blando, blanco y suave, que nos lleva derechitos a calibrar ese sentimiento religioso, católico hasta el fanatismo, del que participaban en mi tiempo allí hasta los comunistas de acción.

No crean que exagero. Conocí hombres en México, como el gran pintor Diego Rivera, campeón del ateísmo, máximo líder marxista del país, promotor de enconadas polémicas y manifestaciones callejeras por sus constantes declaraciones contra la Iglesia, al que un día le preguntó espantado el profesor Jesús Guisa y Acevedo:

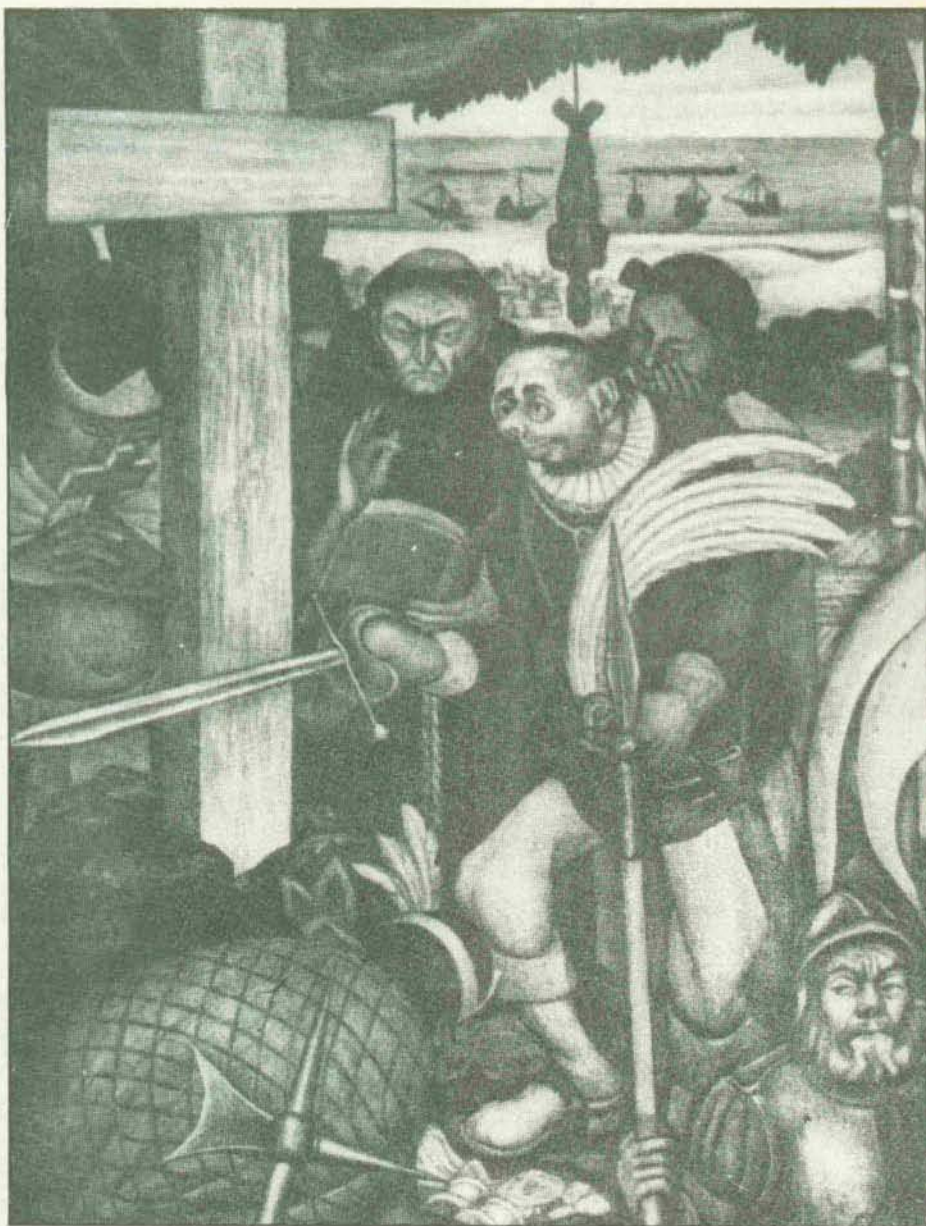
—¿Pero de veras no cree usted en Dios?

—La mera verdad, compadre —contestó el pintor recreándose en ello.

—¿Ni en la Virgen de Guadalupe? —volvió a preguntar el otro con sincero aspaviento.

Diego hizo una pausa, se sonrió, y luego dijo tratando de marcar una línea confusa entre el humor y la seriedad:

—Bueno... En ella, sí. Un poco. Rivera acababa de pintar un fresco en el comedor del Hotel del Prado, donde retrataba, rodeado de alegorías, a los más conspicuos personajes de



Así vio Diego Rivera a Hernán Cortés, en un mural que pintó para el patio central del Palacio Nacional durante el año 1946. La rara efigie de adefesio dada a Cortés, con aspecto de lunático, contrasta con otras interpretaciones mostradas anteriormente por el propio Rivera.

la historia de México en el siglo XIX. Entre ellos se encontraba la imagen de Ignacio Ramírez «el Nigromante», escritor racionalista, nitzscheano puro, que había levantado en su tiempo grandes, violentas iras de la sociedad mexicana, con un artículo periodístico titulado «Dios no existe».

En el retrato del mural salía de la boca del «Nigromante», a modo de aleluya grotesca, la frase que le hizo célebre.

Nunca lo hubiera hecho Diego Rivera. Comenzó la protesta por la dirección del Hotel, que

le había pagado a precio de oro la pintura. Siguió en los periódicos, advertidos de la irreverencia. Se le llamó «pintamonas» y otras cosas peores al pintor comunista. Pero él se negó rotundamente a reformarla. Los hoteleros la taparon con un gran lienzo blanco tratando de calmar los ánimos. Todas las noches, Rivera, ya viejo y cansado, capitaneaba una turba de intelectuales, ayudado por otro pintor tan famoso y tan ilustre como él, David Alfaro Siqueiros, y penetraban violentamente en el Hotel para desta-

La Ciudad Universitaria de México es seguramente la más original de las ciudades universitarias del mundo. Construida a lo largo de los años cuarenta y cincuenta, buena parte de sus edificios se hallan decorados con motivos de las civilizaciones precoloniales. (En la imagen adjunta, uno de los pabellones universitarios durante las difíciles jornadas de 1968.)

par el cuadro. Contramanifestaciones más numerosas se enfrentaban con los ateos en la calle y hubo palos, piedras, tiros y heridos.

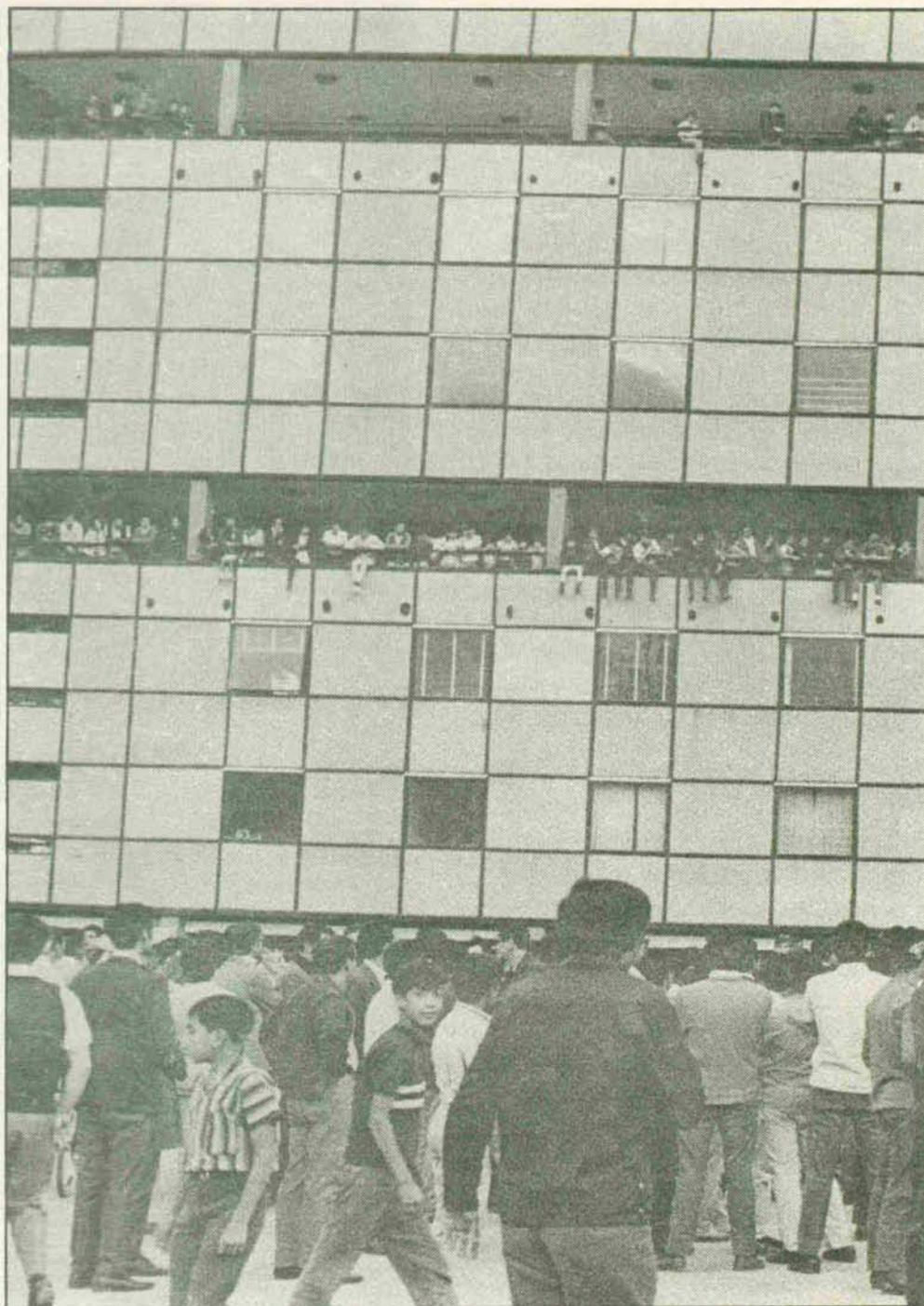
Por último, el mural quedó tapado para siempre con el lienzo. No sé si en los últimos años, al morir Rivera, habrán por fin arreglado la pintura.

Siendo México un país de gobierno laico y libertad de cultos con arreglo a la Constitución de 1917, el pueblo sin embargo no puede soportar una blasfemia ni una irreverencia contra la religión católica y sus símbolos, lastre colonial inalterable. Desde el presidente de la República hasta el ciudadano más humilde, llevan colgada al cuello la clásica medallita que le pusieron sus padres al nacer.

Diego Rivera, en la cumbre de su fama, se complacía en soliviantar a su pueblo, hiriéndole en el sentimiento religioso; y el pueblo, a veces, se propasaba de susceptibilidad.

Después de lo del «Nigromante», le encargaron al pintor un mural exterior que decorase la portada del teatro Insurgentes, uno de los más modernos de América. Rivera pintó esta vez una serie de alegorías del arte teatral, y en medio a «Cantinflas», que lucía sobre la llamada «gabardina» una imagen de la Virgen de Guadalupe.

Se volvió a armar el escándalo, recrudecido ahora por la reincidencia. El pintor se justificó diciendo que «Cantinflas» era el símbolo del pueblo mexicano, y por tanto debía llevar pintada en su «gabardina» a la Virgen Morena.



No le valió. Pero esta vez no opuso resistencia a los reformadores. Estaba ya aún más viejo, y enfermo, en la última vuelta del camino.

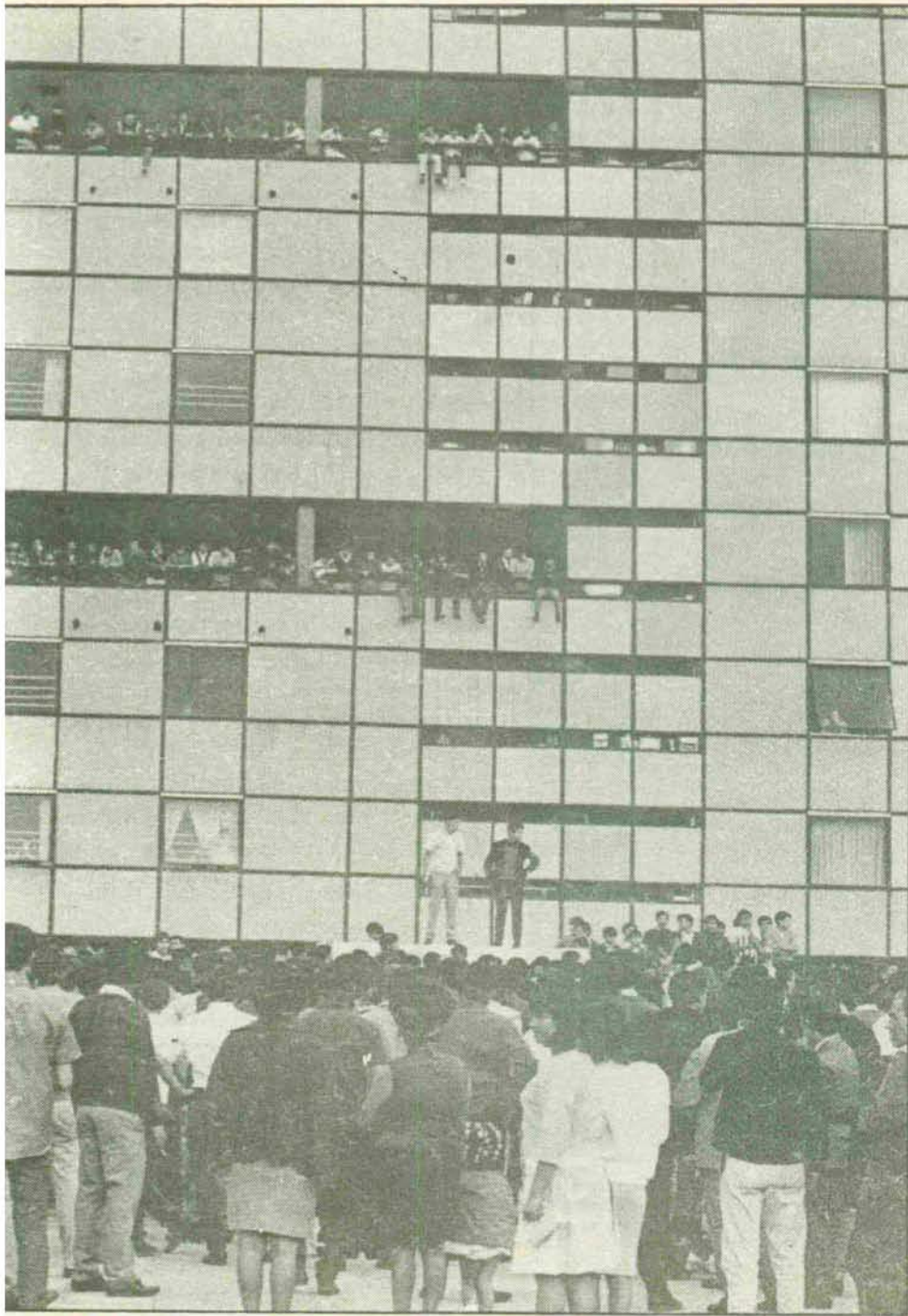
—Bueno, que la quiten—dijo, enojado porque no le comprendían.

LOS LACANDONES

La Ciudad Universitaria de México es seguramente la más original de las ciudades universitarias del mundo. Deco-

rados todos sus edificios con motivos de las civilizaciones precoloniales, el viajero que la atraviesa por la doble autopista del camino de Acapulco se sugestióna, porque no son ruinas; son fuertes paneles brillantes al sol, como si esas civilizaciones acabaran de surgir y construir.

Desde luego, es única. Los arquitectos de los años 1940 y 50 le enmendaron la plana a los artífices desconocidos que en la noche de los tiempos levantaron templos y pirámides



para que los turistas del siglo XX sacasen fotografías de ellos.

Los «templos» de la ciudad universitaria mexicana tienen por dentro aire acondicionado, y paredes que los traicionan con la magia del cristal. También parece esta ciudad universitaria locación o complejo cinematográfico levantado por Samuel Bronston para una posible historia de Moctezuma que fuera a encarnar un rubicundo norteamericano.

—Poniendo la cámara aquí... Con los personajes en aquel fondo...

Siempre saldrían perfectos los cálculos del director. Siempre daría la película la ambientación requerida, y no costaría tanto como tener que trasladarse a las ruinas de Chichén Itzá, en la península yucateca. Pero los artistas y directores mexicanos, que tienen los estudios a cinco minutos de la Ciudad Universitaria, prefieren recorrer los mil y pico de kilómetros que les separan de

Yucatán, aunque sea a través de una selva inhóspita y hostil, con hostilidad de fieras, insectos y salvajes.

Lo prefieren. Contra las fieras se pueden defender a tiros; contra los insectos, a golpes de fuelle insecticida y mosquite-ro; contra los salvajes... Los salvajes en México, si los hay, no hacen daño. Te reciben con demostraciones de paz, y te ofrecen su casa, su comida, sus mujeres. En realidad, los indios lacandones de México son más pacíficos que nuestros «guerrilleros de Cristo Rey». Y menos salvajes que los jóvenes «fans» partidarios del Liverpool o del Glasgow Rangers. Saben hasta de aviación, porque Miguel Torruco, galán de cine y aviador, iba a visitarles de vez en cuando con su avioneta, y tomaba tierra en un clarito de la selva cerca de sus campamentos. El gran jefe lacandón lo recibía con amistad y sin asombrarse de nada.

—Las ocho mujeres del jefe —contaba Torruco— miran la avioneta con más indiferencia que si vieran un pájaro extraño.

Torruco pasaba con ellos unos días, y le trataban a cuerpo de rey. Aprendía la jerga lacandona, las costumbres, la filosofía contemplativa de aquellos «salvajes».

—Sí, sí, salvajes... —decía—. No saben que hay periódicos, hermano. Ni lo que es la política ni los políticos. ¿Te parece que eso no es civilización? Y además, son tan civilizados, que hasta te dan sus mujeres para que te **entretengas**.

—O sea, que tú, cuando te quieres ir de juerga, te vas a la selva... —le decimos.

—No, hermano, no; esas mujeres no son prostitutas, no cobran. Te hacen regalos incluso.

—Bueno, eso ocurre también mucho en nuestra civilización.



Mal lo pasó Lucho Gatica —al que vemos descendiendo del avión en el aeropuerto de México—, cuando un grupo de bromistas universitarios de la capital decidieron «pelarlo» en una pausa del rodaje que tenía lugar en el interior del «campus» académico. El meloso cantante chileno no olvidaría aquella jornada de 1963.

Torrucó, fuerte, ágil, apolíneo, jugaba con el nivel del mar. Unas veces lo remontaba a miles de metros, otras lo hendía hasta el mismo fondo. Esas descompensaciones le hicieron morir fulminantemente un día, estando sobre la tierra. Como los lacandones desconocen la existencia de los periódicos, no se habrán enterado aún de aquella muerte de su mejor amigo.

LOS ESTUDIANTES

Como decía, es fácil defenderse de las asechanzas de la

selva. De lo que no es fácil defenderse es de las bromas estudiantiles entre la moderna policromía de la Ciudad Universitaria. Que se lo pregunten a Lucho Gatica.

El ya «camp» cantante chileno tuvo el año 63 que interpretar unas escenas fílmicas en los jardines del plantel. Los estudiantes presenciaban curiosos todas esas complicadas y heterogéneas maniobras que implica una «toma de exteriores». Comenzó el rodaje sobre el galán, y de pronto salió una voz del grupo estudiantil:

—¡Muchachos! Si es Lucho Gatica...

Otras voces se levantaron:

—¡Lucho! ¡Lucho!

Lucho sonreía ante aquella efusión admirativa, un poco azorado. Pero, sin dar tiempo a pausa alguna, surgieron en uno de los grupos gritos de proposición audaz:

—¿Vamos a pelarlo?

—¡A pelarlo! ¡A pelarlo!

La juventud avanzó como avanza siempre: arrollándolo todo. Lucho —que ya tenía inútilmente dispuesto el bolígrafo para los autógrafos— pudo poner a salvo la integridad de su pelo refugiándose en el camión de sonido, mientras el director de la película, el puertorriqueño Fernando Cortés, un hombre alto, gordo y fuerte, trató de arengar a los muchachos, con gestos y actitudes paternales:

—¡Por favor, jóvenes! Estamos en un centro de cultura donde se forjan los hombres del mañana, los médicos, los abogados, los ingenieros, que dan categoría y prestigio al país. Esos hombres son ustedes. Que no se diga...

Le interrumpió la pregunta gritada de una bella estudiante:

—¿Vamos a pelar también al gordo...?

—¡A pelarlo! ¡A pelarlo!

Fernando Cortés no pudo emular a su homónimo el conquistador de aquella tierra, y se guardó muy bien de decir que ostentaba el mismo nombre y apellido. Corrió también, al igual que Lucho, a refugiarse en el camión. La Policía de Tráfico, protectora de las tomas exteriores del cine mexicano, tuvo que intervenir severamente, y desde entonces nadie de los estudios se atreve a adentrarse en la bella selva de la Ciudad Universitaria.

El estudiante de México es avisado —«aguzado», se dice allí—, humorista, disparatado, pero estudioso. Recuerda un poco al estudiante de la picaresca española. Es difícil engañarle, «quedarse con él», como decimos nosotros.

Tan sólo un hombre ha engañado a los estudiantes mexicanos: el poeta Fernando de la Llave, que figuró mucho durante la guerra española.

Era un hombre untuoso, elegante, distinguido, de frase cortés para los amigos y madrigal florido para las damas. Lleno de puras ideas líricas. Un día se le ocurrió que una misión cultural estudiantil, con él al frente, debería ir como embajada de México al Japón, llevando un mensaje de todas las ramas de la ciencia y las letras del país. Tan noble propósito fue acogido con beneplácito por el Ministerio de Educación, y se le dieron toda clase de facilidades. Esos casos sólo ocurren en los países ricos, como era entonces México.

Fernando de la Llave salió, pues, para Tokio, capitaneando un grupo de muchachos, uno de cada Facultad, que encontraban en la compañía del poeta al amigo directo y paternal, administrador de los fondos —y las formas— de la expedición.

Antes de salir de la ciudad de México, el poeta De la Llave se compró en la Lagunilla —el Rastro mexicano— un pequeño ídolo azteca hecho de barro mugriento la noche anterior por un artesano de bajo comercio. Esos idolitos, hechos como «souvenirs», imitando en su mistificación hasta la pátina del tiempo, se venden por cuatro cuartos en los mercados y tiendas de bisutería.

Se le hizo buena prensa a la excursión. La Llave y su huésped fueron despedidos por

el embajador nipón, y hubo discursos fraternales. La Llave leyó un bello poema al Imperio del Sol Naciente.

La llegada a Tokio tuvo el mismo protocolo. Hubo discursos con intérpretes, cambios de mensajes, visitas a las Universidades y otros centros docentes. La Llave hizo entender que llevaba un regalo de su Gobierno para el emperador y deseaba entregárselo en propia mano.

CAMBIO DE IDOLOS

Ante el prudente Hirohito, La Llave leyó otro hermoso poe-

ma, que luego le tradujeron al emperador en ese lenguaje conciso de los nipones que tardan cinco minutos en decir los que los occidentales tardamos veinte. El poeta creyó que el intérprete le tomaba el pelo:

—¿Le ha dicho usted que le traigo, ofrecido por mi Gobierno, uno de los más valiosos ídolos de la civilización maya? —le preguntó.

Ante la respuesta afirmativa, La Llave sacó el ídolo y se lo ofreció al emperador con una graciosa reverencia. Hirohito, sonriente, sacó otro ídolo japonés, una bella estatuita de Buda de 15 centímetros de alto y 10 de ancho en la base..., y toda de oro macizo.

—Para su Gobierno —le dijo el intérprete a La Llave, transmitiéndole en español las palabras del emperador.

La Llave se justificaba luego diciendo que él había creído que Hirohito le hacía el regalo



La Columna de la Independencia, sin el colosal ángel que se estrelló contra el suelo a causa del terremoto de 1957, a la mañana siguiente del cual está tomada la foto. El Ejército salió a la calle para evitar alteraciones del orden y encauzar el tráfico.



Alfonso Reyes, con su esposa, doña Manuelita, ante la lápida de la Biblioteca que lleva su nombre, en la Universidad de Nuevo León. A lo largo de una dilatada carrera de trabajo e investigación, Reyes se convertiría en uno de los máximos valores de la literatura mexicana.

personalmente a él, para «su» gobierno; es decir, para «el gobierno» de su propia voluntad.

Desde el palacio imperial marchó al hotel, hizo las maletas y se dirigió al aeropuerto, aprovechando que los muchachos habían ido a presenciar unas pruebas atléticas estudiantiles.

Pasados varios meses, un grupo de jóvenes harapientos llegó a la ciudad de México, y desde la estación del ferrocarril desfiló por las calles centrales con una pancarta que

decía: «Las víctimas del poeta y licenciado Fernando de la Llave piden justicia».

Pero el licenciado y poeta se hallaba en Europa disfrutando de su ídolo, de cuya existencia sólo él y el emperador del Japón sabían. Mucho después, cuando se conoció públicamente, al licenciado y poeta no se le llamaba en México Fernando de la Llave, sino Fernando de la Ganzúa.

Debe de haber muerto ya. La última vez que le vi iba de cantina en cantina, hundida en la miseria su habitual elegancia,

y pidiendo con voz estropeada:

—Una convidadita, por favor...

EL BOSQUE Y LA CIUDAD

Muchos de los exiliados madrileños comparaban el bosque de Chapultepec con el Retiro. No tienen nada en común. Se parece más al bosque de Bolonia, aunque sin el sentido urbano de éste. El de Chapultepec es más bosque, los árboles son más corpulentos y más altos, y por todas sus avenidas se podía circular en automóvil, en «carro», como se dice en México por traducción de la palabra inglesa «car». Chapultepec tiene un lago, más bonito que grande, y algunas bellas fuentes. Era obligado paseo de jinetes en las mañanas de los domingos, y solaz del pueblo municipal y espeso por las tardes.

En algunos paseos, la vegetación arbórea es tan tupida que no deja pasar la luz solar, produciendo una sombra intensa, muy especial para los atracos en pleno día y para alguna que otra escena «inmoral». Pero eso pasa en todas partes. Por las noches, le ganaba en la «belle époque» a todos los bosques del mundo el de Bolonia.

A esas horas nocturnas, el de Chapultepec se empleaba también, cuando llegamos nosotros, para ir a pegarse, a ventilar los pleitos que se suelen producir en algún cabaret. Sin embargo, la vigilancia era en los últimos años 50 muy estricta, y sólo por algunas avenidas —obligado paso de un sitio a otro de la ciudad— se permitía la circulación de coches, que solía ser por donde se encaminaban al bosque los que deseaban «zumbarse».

Hace muchos años hubo un

desafío de mujeres en Chapultepec. Se verificó con arreglo a los cánones del «código del honor», y el arma elegida fue el florete, más femenino, más manejable. Creo que se lavó la honra de las dos damas en el paseo de los Poetas, romántica avenida jalonada de bustos gloriosos.

Sobre una montaña que hay en el centro del bosque se yergue el castillo que fue residencia del desgraciado Maximiliano. Estaba convertido en museo, y se conservaban intactas las habitaciones del intruso y Carlota, como en un Versalles tropical.

La terraza del castillo es la mejor atalaya para admirar la hermosa ciudad entrañable en la tarde dorada. Una ciudad de siete millones de habitantes, con mayor extensión que París, y una pluralidad de jardines sin flores, esas flores que tan fácilmente pueden nacer en la tierra azteca. Pero al mexicano, como al colombiano y

al venezolano, y a todos los municipios de América latina, le interesan más los potreros, esos prados de hierba fresca, siempre verde, para que correen por ella los niños en plena libertad. No son tan cicateros como lo eran con nosotros en nuestra infancia madrileña, que nos ponían una multa en cuanto nos permitíamos atravesar la alambrada, aunque sólo fuera para recoger la pelota que se nos escapó.

¡La ciudad! La ciudad de las más bellas perspectivas de noche y de día, porque su amplitud puede dominarse desde cualquier punto cardinal de su circunscripción, como si fuera una Shangri-La, que aparece de pronto al coronar el valle viniendo de fuera.

La ciudad de los terremotos diarios que sólo registra el sismógrafo. Todos los años, sin embargo, había que lamentar uno grande, o dos, o tres, pero nunca pasó nada,

aunque sean los más intensos que registra la escala de Mercalli, como el del 17 de julio de 1957, que llegó a 11 grados. No pasa nada, porque la ciudad está asentada sobre un mar de lodo, que le sirve de colchón. Se bambolea, se mece, pero no se cae. Con sus rascacielos hasta de 42 pisos, como la torre Latino-Americana.

Pero, por eso mismo, la ciudad de México se va hundiendo lentamente. Cada veinte años se observa un descenso en algunos edificios de hasta dos metros. El Palacio de las Bellas Artes, mole de mármol y hierro, se hundía más que ninguno. Había aceras bajas y aceras altas, según los vaivenes del movimiento telúrico. El Departamento Central acudía siempre presuroso a remediar los trastornos en calzadas y edificios, preocupado por conjugar el embellecimiento de la ciudad con la seguridad de los ciudadanos.



Rodeado de libros por todas partes, sujeto a la barandilla del piso superior, vislumbramos a Alfonso Reyes en medio de su biblioteca particular. A la que Diez Canedo bautizaría con el nombre de «Capilla Alfonsina», quedando ya con este apelativo para siempre.

(Y si hablo en pasado es por ceñirme a la época de nuestra estancia de refugiados y sus impresiones, ya que hoy con la construcción del Metro, la técnica y un «parón» de la naturaleza, los efectos se advierten menos. Toquemos madera).

PSICOLOGIA DEL TERREMOTO

Si el terremoto del 57 se hubiera producido en una ciudad asentada en tierra dura y firme, como Madrid y París, la habría destruido por completo. En México sólo murieron 52 personas, por derrumbe de un edificio mal construido. Se derrumbaron otros dos más, una casa de oficinas propiedad de «Cantinflas» y un rascacielos en construcción. Pero como el siniestro ocurrió a las tres menos veinte de la madrugada, no había ni empleados en la casa ni obreros en el rascacielos.

En México City, con toda su fama de informalidad, hay que reconocer que hasta los terremotos son formales, y se producen a horas en que no puedan hacer mucho daño.

Tan formales como la lluvia, que dura desde mediados de junio hasta octubre, y comienza puntualmente a las tres y media de la tarde para dejarlo a las nueve y media de la noche. A las diez, calzadas y aceras están secas. Las mañanas son soleadas y tiernas. México o la eterna primavera.

La psicología del terremoto tiene matices extraños. Yo no diría que he padecido, sino más bien he admirado la grandiosidad terrorífica de tres temblores en México, aguantándome el miedo por el placer posible de experimentar y contar.

Aparte del 57, experimenté otro de ellos a las tres de la madrugada. Corrí al balcón, y sujetándome en la balaustrada, vi los edificios bailar la danza macabra en inclinaciones inverosímiles. Después —en ambos casos, nocturnos igual— la ciudad quedó en un silencio y una soledad profundos, como de unos cinco minutos impresionantes. De pronto, se rompieron el silencio y la soledad en un estallido de gritos, sirenas, bocinas y correr de gentes, que salían de las casas, en pijama, en camisa, enloquecidas, sin saber dónde situarse. Ya era inútil, ya el terremoto había pasado.



De la generación posterior a la de Reyes, el autor mexicano más destacado es José Revueltas —al que vemos en una de sus últimas fotos—, novelista que supo armonizar sus ideas políticas con un estilo modernísimo en obras como «Los muros de agua» o «El apando».

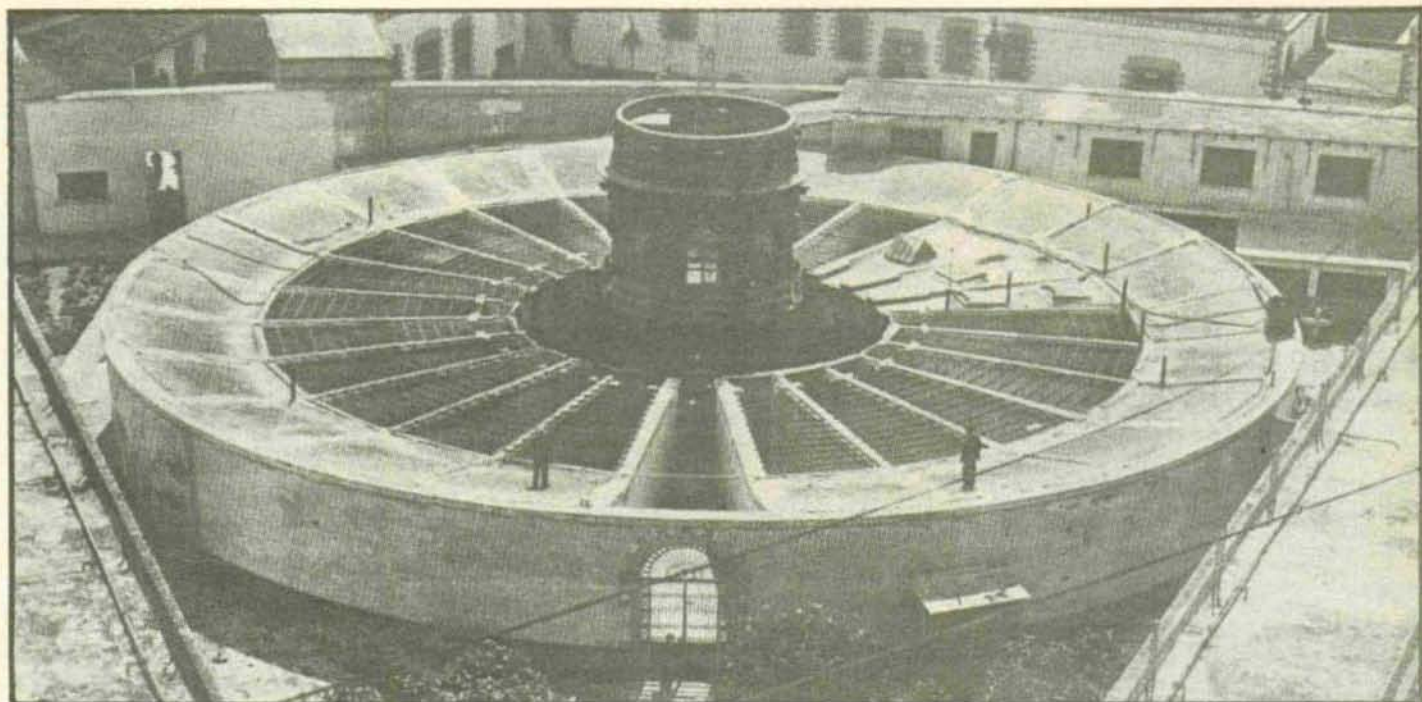
Los terremotos suelen durar escasos segundos, a veces uno sólo. Lo que hace moverse las casas es la inercia de la sacudida y, según los técnicos, si en ese segundo o segundos no se ha caído la casa, ya no se cae, aunque se mueva blandamente sobre sus sillares. Naturalmente, un edificio puede quedar resentido por una sacudida telúrica. Pero eso sólo lo pueden determinar después

los arquitectos, en un examen minucioso, y al Departamento Central corresponde la decisión de evacuarlo y derribarlo, en el caso de que la estabilidad peligre.

México es una ciudad sin subsuelo. A pocos metros se tropieza con el lodo, que en algunos sitios forma una capa de hasta 80 metros de espesor. Se están preguntando ustedes cómo se edifica entonces, cómo pueden sustentarse no ya rascacielos, sino simples edificios sencillos sin cimientos. El gran sentido arquitectural mexicano lo ha resuelto fabricando el propio cimiento con madera. Los martillos hidráulicos van clavando largos troncos de veinte y hasta treinta metros de largo, uno empalmado con otro verticalmente, hasta encontrar la resistencia firme. Así, sobre esa resistencia de troncos tupidos, se construye el edificio con arreglo a la moderna técnica de hierro y cemento.

LA CASA DE ALFONSO REYES

Alfonso Reyes vivía en la calle de Benjamín Hill, colonia Polanco, en un «pastiche» de casa antigua, como muchas que se construían en los barrios residenciales de México. Era suya la casa, hecha con arreglo a su buen gusto, y no daba sensación de riqueza, sino más bien de rusticidad. Tenía yo mucho interés en conocerle y fui allí una alegre mañana de primavera, sin anunciarle previamente mi visita. Salí con la sensación de que no le había conocido, pues me dediqué casi exclusivamente a observar la casa, con su portal de pueblo, sus habitaciones, patios y muebles, todo ordenado, serio, como el cerebro del propietario.



Aspecto exterior del patio central de la prisión de Lecumberri, donde José Revueltas pasó encerrado diversas épocas de su vida revolucionaria. Los muros de este centro penitenciario también guardaron a otro mexicano universal: el muralista David Alfaro Siqueiros.

Casa incivil, sin patrón arquitectónico, pero agradable, con regusto de vivir en ella, sobre todo en la biblioteca, decorada en puro estilo griego, donde él se pasaba la vida, rodeado de los tomos bien alineados en las estanterías, de todas sus numerosas obras, y de las obras de sus clásicos preferidos.

Verdaderas joyas incunables completaban el conjunto bibliográfico. Cuadros, esculturas, jarrones y miniaturas de todas partes.

Se componía de dos plantas. En la superior estaban el cuarto de estudio y la alcoba, todo muy limpio y confortable gracias al desvelo de su esposa Manuelita, mujer humilde que vivía como escondida de los amigos. Allí recibía el escritor y departía con ellos sobre libros, ante una taza de café o una copa.

Como a Vasconcelos, yo le recordaba de Madrid, por los años 20. Era yo muy joven, y ellos también, pero menos, bastante menos. Reyes no tenía la barba que lucía en los

años postreros, blanca, impresionante. Pero era el mismo hombre rechoncho, de manos pequeñas y gruesas, expresivas, ojos también pequeños y grises, soñadores y un poco pícaros a la par, quizá cansados de tanto leer. Ya comenzaba a fallarle el corazón avisando el último latido.

SU HISTORIA

Alfonso Reyes había nacido en Monterrey, el 17 de mayo de 1889. Sus padres eran de Jalisco. A los 21 años, en 1910, entró a formar parte del Ateneo de la Juventud, que albergaba a otros luego grandes escritores mexicanos también, como Pedro Henríquez Ureña, Enrique González Martínez, José Vasconcelos, Silva Aceves y Julio Torri.

Por esa fecha publicó su primer libro, «Sobre la estética de Góngora», y más tarde «Los poemas rústicos de Manuel José Othon». Ambos forman parte del primer tomo de sus Obras Completas, edita-

das el 57 por el Fondo de Cultura Económica de México. Se reveló en ellos como un fino escritor y un erudito de gran penetración trascendental.

En 1911 publicó su primera «Visión de Anahuac», un compendio de la poesía mexicana en el pasado siglo. En ese libro tiene una frase muy comentada, que refleja la materia y el espíritu del valle. Es ésta: «Caminante: has llegado a la región más propicia para el vagar del espíritu. Caminante: has llegado a la región más transparente del aire».

En 1913 marchó Alfonso Reyes a Madrid, donde nadie le hizo caso, donde la vida le dio el primer chasco en su carrera de escritor tan brillantemente iniciada. Sólo Ramón le recibe después en Pombo y hace honor a sus visitas. Le cuesta dos años ambientarse y darse a conocer, pero, eso sí, ya en 1915 la gente se descubre a su paso; colabora asiduamente en los periódicos, y escribe otra «Visión de Anahuac», más sentimental, más añorante. Cuando se establecía ante

él esa diferencia entre su primera «visión» y la segunda, respondía:

—Claro, es que la segunda la dictó «el sentirme olvidado de un país».

Se parece a Galdós en sus primeros años madrileños en



Escritor de temas históricos, Fernando Benítez —en el grabado— publicaría una obra fundamental: «La ruta de la libertad». En ella, intenta sacar a los héroes de la Independencia mexicana del lugar común en que los sumergieron los oradores oficiales.

lo de trabajar como un forzado, y con el entusiasmo de la vocación nacida. Ortega y Gasset, alma después de «El Sol», le abre las puertas del docto diario, y publica Reyes en él artículos y secciones muy comentadas, como «Cartones de Madrid», «El suicida», «El plano oblicuo», «El cazador», «Calendario»; crónicas, ensayos, que reproduce luego en dos libros estupendos: «Las vísperas de España» y «¡Aquellos días!».

En 1918 comienza el estudio a fondo de los clásicos. Llamaban la atención sus opiniones originales, acertadas, escritas

con estilo inconfundible, con conocimiento absoluto, enseñando al que no sabe, que en esa época es casi todo el mundo en España, porque existe un prejuicio beocial contra los clásicos hasta el punto de oírse en los escenarios cosas como ésta:

—¿Qué te ha parecido el Quijote?

—Bueno..., pero pesao.

LA SEGUNDA EPOCA

Prepara entonces el tomo de teatro de Juan Ruiz de Alarcón, el clásico mexicano, y trabaja sobre Gracián, Quevedo y el Arcipreste de Hita. Así llega a 1920, cuando publica en México «Retratos reales e imaginarios», que comprende sus observaciones, crónicas, ensayos. Después sale a la luz también «Simpatías y diferencias», que forma parte más tarde del tomo «Los dos caminos». Aunque le elogian sus producciones, él no está satisfecho. Quiere llegar a algo más hondo, cristalizar un propósito que bulle en su mente sin encontrar la forma. Lo declara en una carta a Antonio Mediz Bolio en 1922:

«Yo sueño en emprender una serie de ensayos que habrán de desarrollarse bajo esta divisa: en busca del alma nacional; **La Vision de Anahuac** puede considerarse como el primer capítulo de esa obra, en que yo procuraría extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica: buscar el pulso de la tierra, pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y a las piedras de nuestras tumbas y monumentos.»

Ese mismo año publica «Huellos» y dos años después su

obra más conocida y elogiada: el poema dramático «Ifigenia cruel». En 1926, «Pausa». La obra de Alfonso Reyes es muy superior a lo que de ella se ha hablado, tanto en calidad como en densidad. A partir del 26 no cesa de escribir y publicar sobre todos los temas: estética, filología, lingüística, crítica. Forma parte del grupo investigador dirigido por don Ramón Menéndez Pidal, destacando por su observación y perspicacia especiales, por sus claras exposiciones del personal criterio. La «Revista de Filología» publica todos sus trabajos. Día a día gana en estilo. Seguramente ha sido el investigador de prosa más brillante y natural, más limpia. Fue nombrado embajador de México en España y estrechó los lazos entre las culturas americana y europea. Luego ocupó el mismo cargo en Argentina y Brasil, y en ambos países colaboró en revistas, dio conferencias, estableció relaciones con escritores y artistas.

Fue en 1939 cuando Reyes regresó para siempre a su patria, que con la presencia del escritor acrecentó sus actividades culturales. Empezó entonces la etapa más beneficiosa para las letras de México, hoy en pleno vigor. El escritor transmitió su rica experiencia ampliada en los años de América del Sur, y estableció el diálogo literario en todo el hemisferio.

LOS AÑOS FINALES

Su bibliografía abarca más de sesenta títulos sobre temas muy diversos, que van desde los estudios helénicos y los orígenes de la crítica indefinida («La Crítica en la edad ateniense») hasta la poesía, el cuento, la crónica, el ensayo, el artículo. En los años finales

de su existencia, dedicó toda su actividad al Colegio de México, estupenda institución de cultura, que él organizó. Se le encontraba en las oficinas por la mañana. Un despacho pequeño, pero cómodo y confortable, con el retrato de otro gran escritor mexicano, Pedro Henríquez Ureña, amigo entrañable por el que sentía una gran devoción.

La enfermedad que le amenazaba desde hacía mucho tiempo, fue apoderándose de él poco a poco. Los médicos le decían que descansara, pero él seguía trabajando, ordenando sus papeles. No quería partir dejando nada para luego. Revisaba las galeradas de sus Obras Completas, seleccionando páginas. Los fines de semana y algunas temporaditas se guarecía en la tierra caliente de Cuernavaca, donde se refugian los enfermos del corazón. Allí le encontré varias veces, en los jardines del Marik, donde yo también me hospedaba por ser un hotel barato. Ya estaba muy enfermo, pero no había decaído su espíritu. Siempre sonriente, amable, insinuante, con la picardía retozándole en los ojos, mordiéndole la lengua. Le encantaban las flores y le embriagaba el olor de las guayabas.

—No las hay en el mundo mejores que éstas —decía—. ¡En España, desde luego!

Y se reía con una risa infantil. Hablaba mucho de los escritores españoles actuales. Conocía las obras de algunos:

—¿Qué es lo último que ha publicado Cela?... He leído el libro de Zunzunegui. No me gusta.

También se interesaba mucho por la pintura española de nuestro tiempo —Dalí, Miró, Tharrats—, y la música. El «Concierto de Aranjuez» le volvía loco.

Alfonso Reyes es un símbolo de la literatura mexicana.

LA GENERACION POSTERIOR

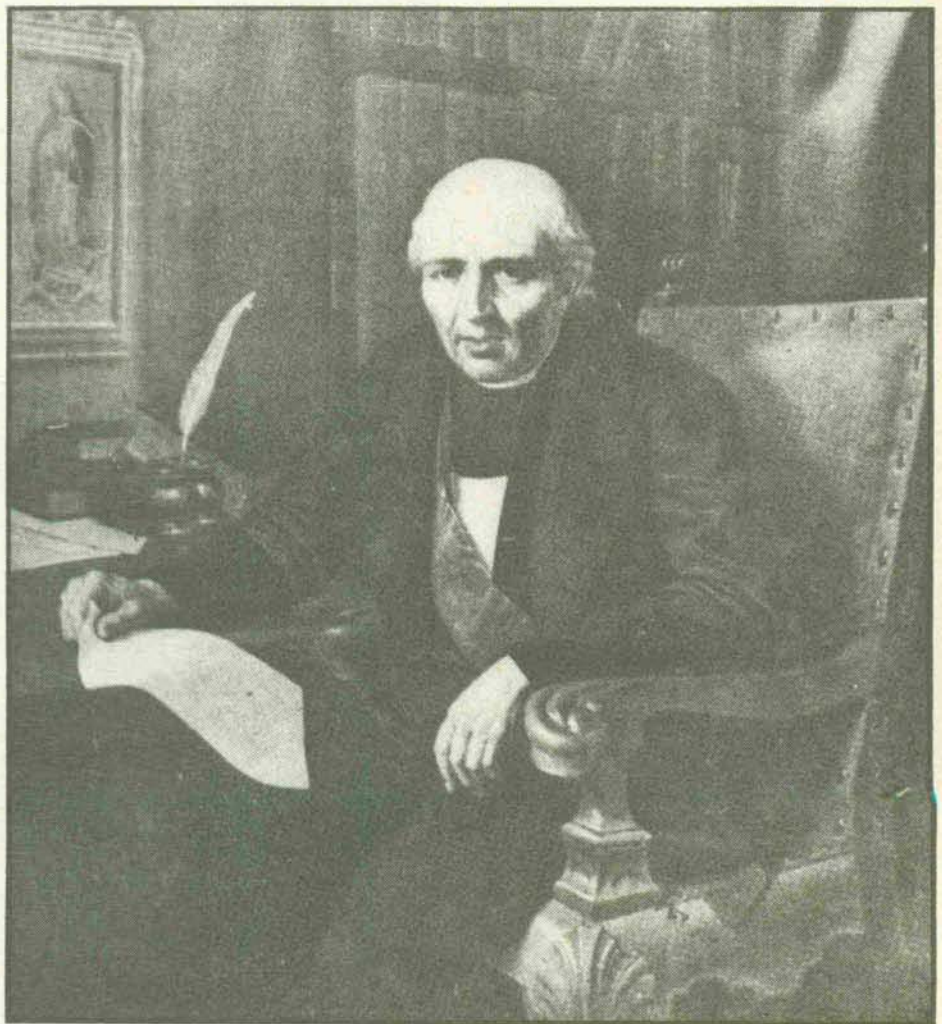
De la siguiente generación, el que más ha destacado es José Revueltas, muerto hace más de un año. Novelista de un estilo modernísimo, supo armonizar sus ideas políticas con la literatura, sin subordinación y ha creado magníficas historias de hondo contenido social, como la novela «Los muros de agua», exposición clara y violenta de los procedimientos de persecución gubernamental en los postreros años 30 de México.

El realismo de «Los muros de agua» estremece. La cuerda

de presos, la colonia penitenciaria de las Islas Marías en el Pacífico, la «ley-fuga», son temas desarrollados a través de la propia experiencia de José Revueltas en su primera juventud de «hombre de acción».

La cárcel vuelve a ser el tema de Revueltas en «El apando». Otra experiencia personal a raíz de los sucesos de Tlatelolco de 1968, novela llevada al cine recientemente, envuelta en polémicas, novela de denuncia, novela «maldita».

El cine fue otra de las actividades de este escritor. Colaboró en muchos guiones y contribuyó a la organización sindical de los guionistas desde su cargo de secretario general del S.A.A.C. (Sindicato de Autores y Adaptadores Cinematográficos), del que fue ex-



Lógicamente, Fernando Benítez dedicó buen número de páginas a tratar la figura del «padre» de la Independencia mexicana: Miguel Hidalgo y Costilla, el «cura Hidalgo», cuyo retrato reproducimos. Su recuerdo nunca falta en la noche patriótica de cada 15 de septiembre.

cluido por una maniobra capitalista.

Bohemio sin tasa, amigo sin medida, líder sin doblez, José Revueltas no era hombre de capillas ni componendas. Por eso, seguramente, no se le hizo en vida toda la justicia que la posteridad le está deparando.

Tuvo una feliz incursión en el teatro —«El cuadrante de la soledad»—, iniciando lo que hubiera podido ser una escuela desgarrada y poética a la vez, que nadie ha tenido aptitudes para seguir en México.

—Mira, «mano», vamos a echarnos un tequila...

Con esta invitación, parecía resumir la ingratitud de los compañeros y de los correccionarios políticos, su independencia.

EL PERIODISTA FERNANDO BENÍTEZ

Es otro de la generación siguiente a Reyes. Procedente del periodismo, dirigió el semanario «Romance», que confeccionaban los españoles Juan Rejano y Miguel Prieto, poeta y pintor exiliados, capítulos inéditos de «los que no volvieron». Benítez dirigía también las páginas literarias del diario «Novedades» y de la revista «¡Siempre!». Escritor de temas históricos, publicó una obra fundamental: «La ruta de la libertad». Mexicano y mexicanista cien por cien, a pesar de su cultura internacional, no ha escapado a ese complejo de tribu que es, en definitiva, el nacionalismo de los países americanos cuando es llevado al extremo rencoroso.

Pero ha sido vivo y claro en su interpretación de la historia de la independencia mexicana. Hizo como Baroja: peregrinar por los lugares que recorrieron los héroes, en busca

del tiempo perdido, pero recuperado a partir del estímulo evocador que suscitan los textos y los escenarios. Aprovechó sus viajes para simultáneas el hallazgo de la historia con la descripción graciosa del estado del campo y las ciudades. El Bajío, Querétaro, Toluca, Guadalajara, Morelia, esas provincias del país, donde, como ha dicho Benítez, «el pasado no es pasado, sino realidad viva», porque todavía no se habían construido en ellas esos cinturones de casas funcionales que matan la Historia.

El escritor supo animar los lugares antes de hacernos asistir a las batallas y a las marchas, como si tuviera el poder de arrancar a quienes realizaron la epopeya mexicana de su estado fantasmal. Los insurgentes alientan en los libros de Benítez, unos desaliñados, intelectuales otros, filósofos aldeanos, como vio Alfonso Reyes al cura Hidalgo, enfrentando al mundo colonial el indígena esclavizado, que «salía analfabeto y miserable —dice— perdida la idea de su antigua grandeza, sin otro ba-



Juan José Arreola, en quien puede simbolizarse a las últimas generaciones de las letras mexicanas. Innovador y tradicional al mismo tiempo, su primer libro, «Varia invención» (1949), ya le situó entre los mejores cuentistas actuales, juicio confirmado en «Confabulatorio» (1952).

gaje que el de las supersticiones y el odio a los españoles».

Algunos mexicanos sin complejo nacionalista dicen que el cura Hidalgo proclamó la independencia una madrugada saliendo de una partida de póker en que un español le había ganado todo el dinero. Y que su grito no fue el de «¡Viva la Independencia!», sino el de «¡Viva España y abajo los gachupines!» (Ya todo el mundo sabe que los «gachupines» son para el pueblo mexicano los españoles que en toda las épocas han ido al país a enriquecerse).

—Y si el grito fue ese efectivamente, ¿por qué se proclamó la independencia? —pregunté a uno de esos eclécticos mexicanos.

—Porque hubo otros que se aprovecharon del motín para llevar a las masas por el camino independentista. Una vez sublevados, a los mexicanos se les ha llevado siempre por donde se ha querido.

Pero el cura Hidalgo sigue siendo el padre de la Independencia. Benítez lo vio quizá también con ojos oficiales. Un Hidalgo que sabe entusiasmar y dirigir una explosión incontenible en Guanajuato, que quiere evitar la ruina del país y la muerte de miles de sus hijos. Ese cura cuya efigie se dibuja por medio de fuegos artificiales en el Zócalo capitalino, en la noche patriótica del 15 de septiembre.

Sin embargo, los seres históricos perfilados por Benítez tienen casi siempre un perfil humano. Las equivocaciones, las indecisiones que trastornan la causa de la libertad. Por otra de sus obras pasan Allende y los militares inclinados a destruir lo más posible lo español. (Cuidado; nos referimos al Allende mexicano de 1810).

—Los insurgentes —ha dicho Benítez— mataban como la única manera de lograr su libertad; los españoles mataban con el sólo fin de mantener su predominio. La Historia, hace tiempo, zanjó esta necia disputa dándole la razón a los primeros.

Los caminos de las huidas de los insurgentes hacia el norte también han sido recogidos por Benítez. Aquellos caminos estaban entonces vigilados por las garitas del virreinato.

—Hoy patrullados —sigue diciendo el escritor, para significar esa igualdad del pasado con la actualidad— por el «moderno recaudador de alcabalas» (el mordelón).

El «mordelón» es el que «muerde», o sea, la autoridad de cualquier jerarquía, que se ofrece al cohecho por hacer la vista gorda.

La intención histórica de Fernando Benítez fue sacar a los héroes del lugar común en que los sumergieron los oradores oficiales, hacerlos escapar de la retórica del tiempo.

LA SIGUIENTE OLA

Símbolo también y airón de la siguiente ola fue este otro escritor, existencialista de apariencia, que surgió en los penúltimos años. Completa nuestro propósito de señalar la evolución de las letras mexicanas en la primera mitad del siglo:

Juan José Arreola, nació en Zapotlán (Estado de Jalisco), el 21 de septiembre de 1918. Comenzó a escribir hacia los treinta años, ya maduro de cultura, preparación y experiencia. Sus primeros cuentos aparecieron en las revistas de su tierra tapatía, «Eos» y «Pan». Pertenece, junto con Juan Rulfo y Antonio Alatorre,



Ingenuo y emotivo, sencillo y popular, este grabado de Celia Calderón nos vale para simbolizar las virtudes de una colectividad que, como la mexicana, se ha caracterizado por su búsqueda de libertad y por su afecto hacia los hombres que pisaron alguna vez su suelo.

a una promoción literaria que se agrupó en torno a esta última revista en los años 45 y 46. Su primer libro, «Varia invención», publicado en 1949, le situó como uno de los mejores cuentistas actuales. La aparición de «Confabulario», en el 52, marcó para él un sitio aparte en la literatura de México. Le creó un mito en torno, el considerársele después de ese libro como un puente entre dos generaciones. Tuvo ese momento de fama que tienen todos los buenos escritores, ese «climax» de juventud, que se fue apagando más tarde, pero resurgió con un «Bestiario», ilustrado con dibujos de Héctor Xavier, y luego con unos desolados y admirables textos breves: «Prosodia». El año 62 publicó una novela ejemplar titulada «La Feria».

Innovador y tradicional a la vez, su obra despertó el entusiasmo exagerado de algunos y la conmiseración de los envidiosos.

De Arreola podría decirse que ha sido el «anti-Baroja», no por el pensamiento, sino por la proyección narrativa. Por lo general, le interesan más las historias de un pueblo en bloque que las historias indivi-

duales, aunque los personajes abundan en sus libros, pero con las limitaciones precisas para cooperar al conjunto y formar el ambiente. Es más bien un escritor internacionista, al desdeñar lo típico y consignar lo genérico, huyendo del regionalismo y el nacionalismo, cosa poco frecuente, mejor diría inusitada, entre los escritores de su país. Es un novelista de amplias proporciones, al estilo de un Kellerman, de una Margaret Mitchell y de un Jardiel.

Sus obras recuerdan las unas a las otras, por la insistencia en la psicología de algunos personajes. Sus cuentos resucitaron este género en México, ya tan olvidado en España. Hay algunos que se han hecho populares, como los titulados «Hizo el bien mientras vivió», «La vida privada» y «Carta a un zapatero». Sus narraciones, son de una intimidad absoluta, desnudando la conciencia sin remordimientos, en concepción proustiana.

Como persona, Arreola da la sensación de un hombre ingenuo, desaliñado. Habla correctamente, mucho mejor que viste, y tiene un aire de tristeza y pobreza ingénitos. ■

C. S.